

Desde hace tres lustros Bernardo García ha estado fascinado por la vida y vicisitudes de los trabajadores de las fábricas de hilados y tejidos que el porfiriato hizo proliferar en la región de Orizaba. Y, gracias a él, los obreros textiles orizabenses se han convertido para nosotros en los protagonistas de una historia que resulta también fascinante.

La calidad de la investigación pionera de Bernardo García se advierte hasta hoy. La fábrica Santa Rosa fue el escenario de un excelente estudio suyo, y, por eso mismo, se ha convertido en una sugerente cantera de donde han podido surgir temas, problemas, ideas, que hoy Bernardo explora con base en el encuentro de nuevas fuentes, en una dimensión más regional. También, como se advierte en esta última obra, con gran soltura y seguridad.

Los ensayos incluidos en este volumen han sido, se señala desde el principio, editados anteriormente. Pero, como hace notar Leticia Gamboa en la Presentación, estos han sido sometidos a una remozada de datos e interpretaciones. Y realmente, ha valido la pena el esfuerzo de revisarlos y publicarlos de manera conjunta. Así, tenemos una visión de casi media centuria, es decir, desde las dos últimas décadas del porfiriato hasta los años veinte de este siglo, durante el cual los obreros

de Orizaba se conformaron como grupo social y protagonizaron muchas de sus mejores batallas reivindicativas.

La obra se inicia con un artículo extenso (50 páginas) donde se explora un tema inédito en nuestra historiografía: los orígenes sociales y geográficos de los trabajadores industriales, en este caso, los obreros que llegaron a trabajar a las modernas fábricas textiles que las compañías francesas echaron a andar desde la década de 1880 en la región de Orizaba. La información proviene de un censo municipal de Nogales (1892) y de los libros de nacimiento del Registro Civil de Ciudad Mendoza (1900-1908). A partir de ellos García reconstruye, con finura y un atinado manejo bibliográfico, las peculiaridades económicas microrregionales de las zonas de origen geográfico de los trabajadores y el tipo de cultura laboral de la que eran portadores. Así, aprendemos a distinguir a los poblados, herederos de una tradición artesanal-manufacturera; de los campesinos siempre pobres pero arraigados de la Mixteca oaxaqueña; o de los mexicanos, ya avesados en las luchas contra el capital; o de los tlaxcaltecas, viejos combinadores e infatigables buscadores de quehaceres distintos.

Esta confluencia de diversidades, dice el autor, es característica de las etapas tempranas de la industrialización. Pero además, como muestra en el caso de Orizaba, la consolidación de esa clase obrera fue un proceso contradictorio, con marchas y contramarchas que resultaban de los múltiples ámbitos y niveles que jaloneaban a los trabajadores textiles.

* Bernardo García Díaz *Textiles del Valle de Orizaba (1880-1925)*. (Cinco ensayos de historia sindical y social). Jalapa, Veracruz, Universidad Veracruzana, Centro de Investigaciones Históricas, Colección Historias Veracruzanas 7, 1990, 285 páginas.

El primer capítulo es también una entrada, un antecedente necesario a los siguientes trabajos, dedicados sobre todo a escudriñar las formas de participación y lucha de los textiles en los años mismos de la revolución y en la década siguiente, cuando los obreros jugaron todavía un papel importante.

Con esa gran capacidad para acercarse al nivel regional con preguntas atinadas, el segundo trabajo de Bernardo García (páginas 65-116) analiza la pugna entre la COM y el Departamento del Trabajo en 1915-16 desde las razones locales, es decir, desde los múltiples, a veces pequeños factores que, entretreídos, construyeron las opciones de los obreros orizabenses en esos tormentosos tiempos de esperanza y confusión.

El tercer trabajo (páginas 117-201) puede ser visto como una consecuencia del anterior: los obreros, estimulados por las movilizaciones, curtidos en la lucha y en cierto modo apoyados por el gobierno del estado, se lanzaron con gran ímpetu a la preparación de una Convención Textil en 1916. El proyecto, como se sabe, no prosperó en ese momento, pero el viaje de los delegados orizabenses a las fábricas textiles de casi toda la república, le permite a Bernardo hacer la travesía junto con ellos y descubrir la heterogeneidad que imperaba en el gremio textil. La enorme diversidad en cuanto a las condiciones de trabajo, las situaciones fabriles, las relaciones obrero-patronales que los delegados documentaron por doquier, hacía evidente el contraste con Orizaba, donde a pesar de las dificultades, el movimiento obrero se había convertido en una fuerza innegable de la vida regional.

De la manera en que se plasmó esta

fuerza obrera en casi una década (1915-1924) de la historia orizabeña trata el penúltimo trabajo del libro (páginas 203-247). Allí, Bernardo reconstruye las diversas formas de lucha—acción directa, huelgas—que marcaron casi cotidianamente los turbulentos años de ese período. Con la peculiaridad que distingue al caso de Orizaba, hay que decir que esa situación tiene similitudes con las de algunas otras partes del país: la actividad sindical que se imbrica con la vida municipal; la relación con el poder estatal, en ese momento todavía favorable a las demandas y organización obreras; las pugnas de facciones; la llegada de las primeras noticias del comunismo y de los comunistas. La historia de lo que le sucedió a este poder obrero en las décadas siguientes ojalá sea algún día un tema tocado por Bernardo. Seguramente tendríamos entonces una versión regional de la manera cómo fue controlada y sometida esa fuerza obrera durante tanto tiempo en efervescencia.

El último trabajo del libro es una entrevista a un obrero textil, don Francisco T. Olivares (páginas 249-272), que desde un origen rural poblano se convirtió en líder sindical de las fábricas del valle de Orizaba. La entrevista, además de pertinente, da cuenta del trabajo de campo, dirían los antropólogos, que está detrás de toda la obra: la historia oral. Bernardo García es un ejemplo a seguir en el arte de combinar los excelentes documentos que ha descubierto y sabe trabajar, con magníficas entrevistas a los protagonistas, ilustres y anónimos, de la historia obrera de Veracruz.

Historia obrera que, vista a través del profesionalismo de Bernardo, resulta tan apasionante como compleja.

Porque el autor no se deja llevar por las soluciones trilladas, los argumentos unilineales, las respuestas extrapoladas. En la clasificación de Luis González sería un historiador abeja. De hecho, hacer esta relación no es casual. Porque en toda la obra se reconoce otra característica: la sinceridad

para aceptar –sin dejarse obnubilar– que se quiere lo que se estudia, donde se descubre otra de las mejores tradiciones del oficio de historiador regional.

Patricia Arias

